



Miradas al último espejo: la despedida de Fernando Ortiz

Marina Bianchi
Università degli Studi di Bergamo

Resumen

Fiel a los temas recurrentes en sus hondos versos elegíacos, en su último libro *Miradas al último espejo*, Fernando Ortiz recuerda las personas y los lugares de su existencia, canta los efectos del paso del tiempo y la precariedad de la vida, reflexiona sobre la poesía haciendo hincapié en el papel fundamental de la tradición. Lo que pertenece al pasado sobrevive aquí en unas palabras llenas de belleza y emoción, que pretenden abatir la barrera entre el hoy y el ayer: las distintas épocas se mezclan en el sentir de Ortiz y concurren juntas a guiarlo hasta el punto final. El poder lenitivo de los versos, el sarcasmo y la ironía alivian la resignación ante el fluir temporal y le ayudan a aceptar el disgregarse del ser humano en su rápido recorrido por la vida. La única certeza del peregrino es su viaje, razón por la que tiene que aprovecharlo, mostrando gratitud y gozando de los placeres de este mundo entre los que prima indudablemente el amor. Concibiendo la ardua tarea del poeta como una búsqueda de la verdad para transmitirla en sus versos, en *Miradas al último espejo* Ortiz avisa a sus lectores del destino que todos compartimos, aconseja sobre cómo actuar a lo largo del camino, ofrece el alivio de su poesía y se despide “con cervantino agradecimiento de la vida”.

Palabras-clave: *poesía elegíaca – tiempo – recuerdo – muerte – Sevilla.*

Olivar N° 16 (2011), 179-198, CETCL, IdIHCS, FaHCE, UNLP - CONICET.



Abstract

In his latest book, *Miradas al último espejo*, Fernando Ortiz remembers people and places of their own existence. He reflects on poetry and emphasizes the importance of tradition. The past lives in words of beauty and emotion, which break the distance between past and present. The soothing power of the verses, sarcasm and irony, relieve resignation over time. The only certainty is life as a journey for the pilgrim. So enjoy the pleasures of this world including undoubtedly love. He conceives the poet's work like the search for truth. In *Miradas al último espejo*, Ortiz provides relief from his poetry, says goodbye and thanks the life in a Cervantes way.

Keywords: *elegiac poetry – time – memory – death – Sevilla.*

El 2 de noviembre de 2010 apareció el primer libro de Fernando Ortiz (Sevilla, 1947), *Miradas al último espejo*¹, el primero en ser publicado íntegramente en la red, luego editado en papel con algunas modificaciones por la Diputación de Sevilla, y presentado en la Feria del Libro de la misma ciudad el 24 de mayo de 2011. Fiel a su vocación desde el principio hasta el final, en esta colección el poeta parece cerrar su itinerario despidiéndose de la vida, como afirmó él mismo en la citada presentación de la obra: “En mi primer libro, titulado *Primera despedida*, me despedía de mi primera juventud, y en este último, *Miradas al último espejo*, me despido, con cervantino agradecimiento, de la vida” (Luque, 2011:1).

Desde el primer libro, Ortiz canta en sus hondos versos elegíacos² la pérdida de la infancia y de la juventud, debido al paso inefable del

¹ El libro está publicado en el blog personal *Fernando Ortiz: apuntes y reflexiones. Literatura, poesías, ensayos y artículos de los que soy autor*; <<http://fernandortizreflexiones.blogspot.com/2010/11/miradas-al-ultimo-espejo.html>>. En nuestro estudio haremos referencia a esta versión, de la que están sacadas las citas, indicando entre paréntesis sólo el número de página. Todos los sitios web que aparecen en el presente trabajo se consultaron durante el mes de mayo del año 2011.

² Cabe señalar que clasifico Ortiz en la que Gabriele Morelli (Morelli/Manera, 2007:181-183) define “poesía elegíaca”, considerando como él (Morelli/Manera, 2007:181) que entre las inciertas y contradictorias denominaciones de las corrientes de la lírica española actual, predominan las de “poesía del silencio”, “poesía elegíaca” y “poesía

tiempo que lo borra todo. Transcripción del itinerario vital y de la preocupación existencial del hombre contemporáneo, su poesía evoca constantemente la desilusión por el devenir y sus ineludibles consecuencias: en unas composiciones confesionales y meditativas, trágicas e irónicas a la vez aunque siempre emocionantes, el único verdadero protagonista es el tiempo, tema poético universal junto con la muerte y el amor. La obsesión por escaparse a su rápido fluir es evidente en todo poema, como cristal deformante a través del que se perciben los demás motivos (*apud* Sánchez, 2005:63):

[*El tiempo*] Es lo único que hay. Los grandes temas de la poesía son el amor, la muerte y el tiempo. El tiempo subsume todo: el amor se da en el tiempo, la muerte es su consecuencia. Los demás son sub-temas del primero.

La concepción del tiempo en Ortiz hereda de Henri Bergson (1927:72-82) la distinción entre *durée pure* y *durée homogène* –es decir, entre el tiempo tal y como lo percibimos y el devenir secuencial y lineal que solemos medir–, de Antonio Machado (1988:2018) la dicotomía entre el “pasado apócrifo” de la memoria y el “pasado propiamente dicho”, y de Martin Heidegger (1953:234) el concepto de la temporalidad como fundamento del ser (cfr. Sánchez, 2005:47-62). La mirada del poeta se carga entonces de un tiempo sometido al sentir, elemento constantemente presente, pero descrito cada vez desde una perspectiva distinta; en *Miradas al último espejo* Ortiz observa desde la vejez y la enfermedad, recuerda el pasado y reflexiona sobre el presente y el futuro sin que esto

de la experiencia”. Comparto entonces las palabras de Francisco Brines, escritas en la introducción a *Primera despedida* (Ortiz, 1978), y citadas por el mismo autor en el texto enviado para el acto organizado por el Centro Andaluz de las Letras, celebrado el 16 de febrero de 2010 en la biblioteca Pública Infanta Elena y dedicado a Ortiz (Brines, 2010:4): “A Fernando Ortiz le interesa desvelar en sus versos la aventura fatal y derrotada del hombre, pues estamos ante una poesía de revelación interior. Su línea es elegíaca, no importa que a veces lo sea con un tierno y burlón distanciamiento”. De hecho, acorde con Antonio Miguel Sánchez (2005:44), y en disonancia con el equívoco que ha llevado a muchos críticos a encasillar en la llamada “poesía de la experiencia” a casi todos los poetas que no se reconocen en la estética de los Novísimos, prefiero utilizar esta denominación con mayor rigor, sólo para quienes se atienen a las propuestas de “la otra sentimentalidad” de Luis García Montero (en García Montero, 1983:9-15).

le haga perder el ánimo o la ironía, dedicando muchos de los poemas a familiares, amigos o maestros.

Pese a la superposición ocasional, se reconocen en la colección tres núcleos temáticos fundamentales, que podríamos agrupar bajo tres correspondientes etiquetas: semblanzas y recuerdos, efectos del paso del tiempo, reflexiones sobre la poesía y la tradición literaria. Según esta división, el primer conjunto incluiría tanto los bosquejos “Fábula de José Romero” (p. 5), “Mis nietos” (p. 6), “En honor de Paco Lira” (p. 8), “A Miguel García Posada, amigo y poeta” (pp. 8-9), “In honorem Alberto Marina” (pp. 13-14), “Aleluyas para el pintor Juan Romero” (p. 14), como la escenas y lugares de épocas lejanas, recordados en “Lugares de mi guía particular” (pp. 12-13) y “Junio en Málaga” (pp. 16-17). El grupo de poemas metafísicos que reflexionan sobre el fluir temporal y sus consecuencias abarcaría “La vida” (pp. 4-5), “Algo difícil” (p. 6), “El cochecito lerén” (p. 7), “A Emilio Barón, por su libro *Los días, los dones*” (pp. 9-10), “Por la abierta ventana” (p. 13), “Tabaco y salud” (p. 17), “Los mismos dados” (p. 18), “Peregrino” (pp. 18-19), “En el hospital” (p. 20), “Soleares” (pp. 20-21) y la traducción de Ortiz del “Soneto 138 de Shakespeare” (pp. 11-12). Por último, la metapoésía comprendería “Si mi palabra vale viene de ellos” (p. 3), “Mentiras por soleares” (p. 7), “El 27 y Sevilla” (p. 10), “A Emilio Barón, avisándole de los males de la vida literaria” (pp. 14-15), “En la víspera de mi cumpleaños” (p. 15), “Elogio del soneto” (p. 19), “A pesar de los pesares” (pp. 19-20) y “Homenaje al soneto barroco” (p. 21). Por supuesto, los tres núcleos temáticos se fundamentan en el tiempo: la memoria del primer conjunto depende de su diacronía, su paso determina la fragilidad y precariedad de la vida en el segundo, y la poesía procede de su herencia literaria en el tercero.

Queda fuera de la agrupación por introducir los tres asuntos a la vez “Evocación de la biblioteca Alfonso XII” (pp. 1-2), composición que abre el libro y homenaje a la Biblioteca Publica de Sevilla. En esto versos, el recuerdo de la infancia y de la lectura de *Las partidas* de Alfonso el Sabio se vuelven pretexto para afirmar desde el principio la precariedad universal de “Lengua, vida y poesía” que “Van y vienen por sus pasos”, como efecto del tiempo. A la vez, Ortiz introduce la importancia de la herencia literaria, como impulsora de su acercamiento a la poesía por una parte, como responsable de la supervivencia de la tradición a través de su presencia en la escritura posterior, por otra.

En su poesía todo lo que pertenece al pasado sobrevive en unas palabras llenas de belleza y emoción, que pretenden situar lo evocado fuera de las leyes del tiempo para devolverlo en su actualidad y presencia; en esto consiste lo que Ortiz describe como “el milagro” que el poeta persigue en su misión divina: cantar “como en “el acorde” de Cernuda, un instante que lleva en sí la eternidad” (Ortiz, 20 de febrero de 2010:20). Es lo que se intuye ya en el primero de los tres conjuntos definidos arriba, donde las escenas del pasado ofrecen la oportunidad para afirmar verdades eternamente válidas. La primera semblanza de *Miradas al último espejo* es “Fábula de José Romero” (pp. 5-6), homenaje que se abre con la graciosa presentación del pianista y compositor para luego apuntar, a través del artificio de la visita del duende, que amor aparte –el “mayor placer [...] sobre la tierra”–, es difícil elegir entre los elementos esenciales de la vida: “¿Dinero, salud, música? No sé, no sé, no sé...”. A su vez, la tierna y jovial descripción de “Mis nietos” (pp. 6-7) se cierra con la complacencia del poeta que subraya: “Y a mí, que soy el abuelo, / se me cae la baba al verlos”. Puesto que el parentesco queda claro desde el título, la única razón por la que el autor hace hincapié en su papel parece ser la voluntad de corroborar las diversas situaciones: los niños, Arturo y Aitana, están en su mejor edad y llenos de vida; el abuelo, deteriorado por el tiempo, se conmueve al observarlos. La principal diferencia reside en que los nietos están viviendo su mejor época y, por contraposición, el escritor está en la peor etapa, por ser la última y más cercana a la muerte; desde luego, señala Antonio Miguel Sánchez, en la poesía de Ortiz la infancia representa el único momento cercano a la perfección:

Si consideramos la existencia como un disgregarse en el tiempo, deberemos concluir que la infancia se corresponde, en cierto sentido, con la plenitud de la existencia. La infancia representa la etapa de la existencia en que estamos más cerca de la abolición del tiempo. Es el tiempo sin tiempo, el tiempo de los dioses. A partir de la infancia, a través de la adolescencia, se pasa, sin solución de continuidad, al constante declinar que es nuestra existencia temporal. (Sánchez, 2005:19)

Lo que confiere valor a este rápido recorrido por la vida son las virtudes, por lo general difíciles de encontrar, que el sevillano alaba en algunas de sus semblanzas. Entre ellas, “En honor de Paco Lira” (p.

8) propone un homenaje a la lealtad del dueño de La Carbonería de Sevilla, taberna de mucha fama en el mundo del flamenco, muy conocida también entre poetas, escritores y artistas. Ortiz manifiesta aquí su admiración por un hombre “cortés”, “leal y comprensivo” con todos, sin distinción entre buenos y malos, que siempre prefiere la “amistad al interés” y ha consagrado su vida a “Hacer a malos toros gran faena”. Lo mismo ocurre en “In honorem Alberto Marina” (pp. 13-14), que celebra “la Inteligencia / y la Bontad” de uno de los directores técnicos del Área de Cultura de la Diputación de Sevilla; el poema quiere ser un agradecimiento a Marina por su labor “callada y tan cumplida” en la edición de *Poesía de una vida. Antología poética 1978-2011* (2011b). Sobre sus dos cualidades principales el escritor informa:

Por lo común están las dos ausentes.
Si una falta, qué triste la carencia.

De la otra resalta más la ausencia.
Porque parejas, como dos batientes
de igual puerta, son ambos componentes.
Lamenta el corazón la deficiencia.

De la misma manera, en “A Miguel García Posada, amigo y poeta” (pp. 8-9) encontramos un elogio a méritos que Ortiz comparte en su trayectoria vital: se trata esta vez de la dedicación a la poesía. Como sugiere el comienzo –“Te recuerdo, Miguel, los dos frente al Atlántico. / Los dos diciendo versos y en la mano una copa”–, la descripción bien se adaptaría al mismo autor:

Y aunque la prensa hace escribir al galope,
tú nunca perdiste en la poesía la fe...

Y en años posteriores, más maduro y severo,
Escribiste poesía con verdad en tu bastión,
[...]

Desde aquel primerizo poemario primero
[...]
La poesía ya te marcó por entero.

Los dos escritores comparten además la afición por los clásicos: “Frente al mar recitábamos algún poema clásico. / Si yo olvidaba un verso, salía de tu boca”. No sólo para la poesía, la herencia es importante para toda forma de arte; Ortiz parece confirmarlo en “Aleluyas para el pintor Juan Romero” (p. 14): “Es un Bosco sonriente / que nos trae desde Oriente” elementos llenos de color “y un sol / que brilla con esplendor”. En su ya citado blog, el poeta explica qué le gusta del pintor, sevillano como él: “A mí la pintura de Romero, con sus peculiares dibujos, y sus paisajes vividos y soñados me parecen una explosión del gozo de la vida que consigue transmitirse por medio del Arte” (Ortiz, 4 de septiembre de 2010: s.p.).

El gozo, la alegría de la vida es lo que el poeta sigue cantando cuando recuerda los amigos o las ciudades de su vida, como ocurre también en “Lugares de mi guía particular” (pp. 12-13). Estos versos evocan la felicidad de sus paseos en Roma, “por plazas y callejas abiertas al milagro”, el paso por el Ponte Garibaldi “haciendo largas pausas al sentir el misterio”, el Golfo de Corinto “escenario de dioses sólo para un mortal”, la Toledo del Mio Cid, el Castillo “sobre una loma” pasado el Puente de Alcántara, el Madrid de “cuando Franco era eterno y la gente feliz”. Pero hoy vive en Sevilla, el espacio más mítico y atemporal de todos:

Y vivo en la ciudad donde nací, Sevilla.
Mujer que se perfuma con fetidez de bosta,
vil incienso y azahar. Y no tiene remedio.

Las contradicciones atávicas de Sevilla, reflejo de las humanas, quedan intactas a pesar del tiempo y la colocan en una dimensión irreal pero concreta a la vez, descrita mediante olores que atestiguan la vida que transcurre en su interior. En la poesía de Ortiz no sólo Sevilla, sino cualquier ciudad, lejos de ser simple espacio físico, se vuelve lugar del sentir y del recuerdo, despertando sensaciones y dibujando escenas de antaño. Esto se nota también en “Junio en Málaga” (pp. 16-17), poema dedicado a María Victoria Atencia, Rafael León, Bernabé Fernández-Canivell y Pablo García Baena, y escrito en ocasión del viaje para ver la exposición *Cántico 2010*, que, tras su paso por Córdoba, tuvo lugar en el Palacio Episcopal de Málaga del 31 de mayo al 4 de julio de 2010:

Y este junio, ahí en tu Málaga,
 quedamos para ver “Cántico”,
 esa exposición tan bella.

La visita a la ciudad evoca las tardes de verano pasadas en el mismo lugar, veinte años antes: “Y voy recordando hechos, / amigos, asuntos varios...”; “Me acuerdo, tal si ayer fuera”, señala el escritor, de “la amistad y el cariño / tan naturales y claros”. En este como en muchos de los poemas de Ortiz, la memoria consigue superar el paso del tiempo y el verso, que da cuenta de ella, logra burlarse de su fluir, aunque puede que sólo sea una ilusión (cfr. Sánchez, 2005:19). De hecho, el presente y el pasado se mezclan en un gozo intemporal, pero al final el tono cambia:

y tú, que al bajar del coche,
 al salir a saludarnos
 dijiste: “Vuelve a Sevilla.
 Murió tu madre, Fernando.
 Cuando venías a Málaga
 ocurrió lo inesperado”.
 Hoy voy otra vez de vuelta.
 ¡Ay, Málaga, amigos, años!

El recuerdo se vuelve triste, como si de repente Ortiz hubiera vuelto desde el pasado y en el presente se hubiera dado cuenta de los años que separan el hoy y el ayer. Los versos del sevillano se configuran entonces como un diálogo del poeta consigo mismo, en el que reflexiona sobre cuestiones metafísicas, buscando en el poder de la palabra un alivio y un apoyo para aceptar la vida y sus penas.

Con esta finalidad, lo primero que tiene que asumir en su poesía es la supremacía del tiempo, cuyas consecuencias quedan patentes en el segundo grupo de composiciones. El devenir impone al hombre contemporáneo la rapidez de los cambios en todo ámbito –económico, social, tecnológico–, y se refleja en una percepción acelerada de las mutaciones que nos rodean. En “El cochecito lerén” (p. 7), título dedicado a sus nietos que recuerda la homónima y popular copla infantil española, Ortiz describe el tiempo como un coche que no puede reducir su velocidad, ni retroceder:

El cochecito del tiempo
 es un coche singular.
 Porque de fábrica viene
 sin frenos ni marcha atrás.

Por la misma razón, en los versos meditativos de “La vida” (pp. 4-5) la savia vital abandona el poeta a una velocidad estremecedora, y el paso de árbol maduro a seco le provoca una constante insatisfacción en la estrofa que cierra la perfecta y elegante sextina:

Adiós, ay fuerzas que me hicisteis uno,
 maduro y luego seco en un instante.
 Al fin la vida sabe siempre a poco.

Le faltan las fuerzas y ya no logra erguirse, doblado bajo el peso de la enfermedad:

¿En dónde están ahora esas fuerzas
 que han hecho de la vida un árbol seco,
 menguado, enfermo y de aliento poco,
 tan escaso que no sostiene a uno?

Añora en su canto elegíaco la pérdida de la energía que le sobraba cuando era joven –“cuando no escatimábamos las fuerzas, / pues en verdad sobrabanle a uno”–, época en que no se daba cuenta de la consumición que ya le iba desgastando poco a poco; al revés, ahora percibe esa actitud ingenua como algo lejano que no le pertenece:

No era ahora una broma ya la vida
 ni un divertimento, mas sí un seco
 cansancio que agotaba uno a uno
 nuestros fieles afanes. Poco a poco,
 pensamos en aquellas nuestras fuerzas
 como pertenecientes a otro instante.

El presente es distinto, “Terminaron los años de chaval / o al menos de creerse uno un chiquillo” avisa en “Tabaco y salud” (p. 17): ahora sabe que ya no es “niño ni mozo” y que se engañaría a sí mismo si no se enterara del “arrabal / de senectud”, etapa final agravada por la enfermedad. El poeta habla de su salud en tono de sorna:

Dicen que estoy enfermo. No se alarme.
 Si aguanto por lo menos unos años
 y tengo algo de suerte, igual me curo.
 Esto empieza a importarme ya un adarme.

El sarcasmo de estos versos, recurso que encontramos a menudo en la poesía de Ortiz, convierte la resignación ante la certeza del tiempo que pasa y conduce a la muerte en una alusión crítica a la postura esencialista de quienes creen que la esencia es más importante que la existencia; según el sevillano, lo que interesa al acercarse el momento final es saber aceptarlo como inexorable epílogo –“Al fin todos entramos en lo oscuro” –y tener conciencia, recordando la teoría de Luis Cernuda (2005:76-77), de que ha vivido– “Mi vida tuvo gozos, también daños”–. A pesar de la vaga esperanza que al parecer se respira en la ironía de la estrofa citada, en “Los mismos dados” (p. 18) Ortiz remarca que “Los pasos que hay que dar están contados”, hecho que no debería sorprender a nadie, puesto que:

Siempre jugamos con los mismos dados
 ese juego que no gana ninguno.
 Ni éste, ni ése ni siquiera aquel.

Ya no quedan en la vida y, por ende en el poema, “ni el fuego ni la rosa”, “nada allí que arda o delire”, la vida ya ha pasado y no se puede evitar que el tiempo cumpla con su promesa de llevar el hombre hacia la muerte, concepto expuesto también en “Peregrino” (pp. 18-19):

Nadie ignora que el mundo es un camino
 y muy poco sabemos además,
 aparte de que nunca hay vuelta atrás
 y de que aquí está nuestro destino.

Con el mismo sarcasmo, subraya además que “A muchos no le importa ni un comino” de saber de dónde vienen y adónde van; al revés, deberían importarles tanto el origen y el destino como, sobre todo, lo que hacen a lo largo de su vida:

Procura andar atento y avisado,
 cuida que sea grato tu sendero.
 –Mira que has de pagar alto el peaje–.

En la visión fatalista de Ortiz, la única certeza del peregrino es su viaje: luego no queda nada sino el precio de la muerte; por esta razón el hombre tiene que aprovechar el tiempo que tiene, regalo recibido a su pesar, y elegir bien acerca de lo poco que puede decidir:

Aunque en parte el camino está trazado,
lo que andes a tu aire sea severo,
que no fue elección tuya este viaje.

Desde esta perspectiva, en “Algo difícil” (p. 6), el poeta se reprocha a sí mismo el cometer siempre los mismos errores: “He sido contumaz desde la infancia”. Aunque el tiempo marca con su fluir todo aspecto de la vida, y contra el lugar común, el escritor parece no aprender de él:

Mal aprendí a ahuyentar mis miedos
con autoengaño, alcohol, aturdimiento.
¿Por qué, con más edad sigo tan necio
si mi vida sin ti vale muy poco?

Como consecuencia, en “Soleares” (pp. 20-12) se pregunta:

Pa' qué valdrán las verdades
que nos enseñan los años
si no le sirven a nadie.

Cuando al final se aprende, ya es tarde, porque en ese momento desvanece la ilusión de poder llegar con nuestro camino a alguna parte, y comprendemos que tan sólo nos espera la muerte:

Cuando se va la ilusión
se ve la vida y su truco.
Su careta de cartón.

Que es el único remedio
que venga a punto la muerte
para quitarse de en medio.

En “Por la ventana abierta” (p. 13), esto hace que Ortiz escriba: “Lamenté los errores de mi vida / que al igual que mi fin, no tienen cura”.

El poeta resume aquí su trayectoria vital y la aceptación de la muerte como consecuencia del tiempo que pasa, en unos versos en los que, de nuevo, la barrera entre presente y pasado desaparece: mirando por la ventana, ve “los rostros” de sus “amigos muertos” que vuelven “desde el tiempo pasado”, a sus hijas “aún pequeñas / [...] alejándose”, y hecha las sumas de sus acciones; al mismo tiempo, la mirada “extrañada” de su mujer al interior y “unos pájaros” que vuelan “libres hasta el cielo alto” al exterior lo devuelven a su situación presente. Las épocas de su vida se mezclan en su sentir y concurren juntas a guiarlo hasta el punto final.

A pesar del destino y de los errores, y justamente porque, como hemos visto, hay que aprovechar el camino, los versos de “A Emilio Barón, por su libro *Los días, los dones*” (pp. 9-10) aconsejan agradecer “la vida con sus penas”, “sus frutos y su mies”, mostrando “el dolor siempre velado”, como lo hace Barón en su antología (2011), quien escribe “estoico, epicúreo, en verso claro”, compartiendo con el sevillano la aceptación del destino: “qué le vamos a hacer a estas faenas”. Siguiendo este mismo consejo, la gratitud de Ortiz se dirige a su familia en “En el hospital” (p. 20), donde el poeta canta el cariño y la entrega de su mujer y sus hijos en la enfermedad; en una composición de tono evidentemente más positivo, el sevillano hace hincapié en la faceta más agradable de su situación: “Estar enfermo, a veces, / nos hace ver lo bueno de la vida”. Además de ser el más importante de los placeres de la vida, el amor es el único que logra superar en la mentira la frustración del paso del tiempo; es lo que Ortiz quiere comunicar a través de su traducción del “Soneto 138 de Shakespeare” (pp. 11-12):

¿Por qué no dice ella que es injusta?
¿Por qué no digo yo que ya soy viejo?
Lo mejor del amor es un reflejo.

En el amor contar la edad no gusta.
Yazgo yo en su mentira, ella conmigo.
De la falta común nace ese amigo.

De acuerdo con esta idea según la que hay que gozar de lo bueno de la existencia, en “A pesar de los pesares” (pp. 19-20) Ortiz confiesa: “Amo y disfruto mucho de este mundo / aunque me desesperen sus

desaires”. Como es de esperar, junto con el amor, la poesía también está entre lo que quiere agradecer a la vida:

Cómo me gusta a mí la poesía.
[...].

Y ahora, en una confidencia mía,
al fin os contaré mi amor profundo
por esta vieja amiga y sus donaires.

El poeta ama el poder lenitivo de los versos que le ayudan a aceptar “La incertidumbre previa” a la operación para extirparle un tumor en el hospital, a asumir que “fue un intento en vano”, a “convivir con el insano / invitado, más bien un invasor”, a “Soportar como pueda su rigor”.

Las composiciones del tercer grupo, que parecen cumplir con la promesa del terceto citado arriba, cantan este amor profundo por la poesía, la “vieja amiga” de Ortiz. Lo que se afirma con más insistencia en este conjunto es el papel de la sedimentación de las voces procedentes del pasado, en los versos del presente; la tradición es algo vivo, que forma el poeta siendo su origen y su circunstancia, es parte integral de su escritura o, como apunta José Antonio Muñoz Rojas en “La poesía de Fernando Ortiz”: “Un poeta no es más que una voz personal y continuada, articulada en su propio vivir y sentir, de tantas voces como le resuenan dentro y a las que da vida con la suya propia” (1994: s.p.).

La herencia literaria que habla detrás del poeta, y lo mueve a crear de cierta manera, influye en su escritura como la niñez en la educación del ser humano. La tradición es entonces lo que le confiere autoridad y valor, señala Ortiz en “Si mi palabra vale viene de ellos” (p. 3), recordando algunas de las fuentes de su canto, tanto clásicas como modernas, míticas, cultas y populares, griegas, latinas, francesas, inglesas y españolas. De todas ellas y de las muchas otras lecturas olvidadas “que su alma en mí vertieron” (p. 3), remarca, procede su poesía, voz de un hombre de hoy en la que resuenan ecos de los antepasados. Esto lo sitúa entre los que Javier Salvago (2010:15) clasifica de “poetas auténticos”, “reflejo del tiempo que les tocó vivir y que aportan algo nuevo y personal a la tradición poética”; “Y Fernando es de éstos”, añade Salvago, lo que queda

patente en la solidez de su obra, en el dominio formal, en el cuidado de la métrica y en la autenticidad e inteligencia de sus versos.

De lo recibido, lo primero es la musicalidad lograda mediante la perfección del metro y la rima, como confirma Ortiz en “Elogio del soneto” (p. 19): de origen italiano, el soneto se describe como claro y preciso, en contraposición con las “silábicas sumas” griegas y latinas, lo que hizo que triunfara en la tradición occidental. Los preciosos productos de esta poesía han empujado al sevillano a mantenerse fiel a la forma heredada:

Yo sé que el Occidente en el soneto
dejó diamantes de su poesía.
Es el motivo por el que la mía
humildemente protegí en su seto.

Entre los poetas que influyen en su escritura –entre ellos Gustavo Adolfo Bécquer, Thomas Stearns Eliot, Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Luis Cernuda, Francisco Brines, Jaime Gil de Biedma y Pablo García Baena–, Ortiz recuerda la Generación del 27 en “El 27 y Sevilla” (p. 10); un homenaje al grupo poético organizado por el Ateneo –“Celebra el Ateneo un homenaje / a la generación del 27”– evoca en estos versos las celebraciones sevillanas de 1927, en honor a Luis de Góngora –“Y Góngora y Sevilla en la receta”. Los versos trazan las escenas de aquella época como en una secuencia de fotos: “¿Cernuda, Villalón, Lorca y los siete / enanitos? Menudo es el paisaje”; Dámaso Alonso “catapulta con ariete / y la cuadrilla en U.S.A. va como un cohete”; Gerardo Diego “Antóloga en Madrid” al grupo; Pedro Salinas y Jorge Guillén aparecen “en su Muceta”. Los verbos, conjugados todos en presente de indicativo, parecen recordar una vez más la valencia atemporal de lo representado, instantes de la tradición literaria que llevan en sí la eternidad y que logran recobrar su actualidad en cualquier momento. Acerca de las acciones de los maestros del 27, Ortiz escribe con ironía:

Lo dijo Jaime Gil que de esto supo:
sólo fue un lanzamiento literario.
Hoy nos parece un poco estafalario.

Pese a las modas o las impresiones que éstas pueden suscitar en los lectores de las distinta épocas, la tradición se encarga de mantener viva

la poesía en el tiempo, citada directa o indirectamente por los escritores que le dan voz en sus versos, como en una “áurea cadena” que “se nos entrega para que nosotros pasemos ese legado a quienes nos sucedan” (Ortiz, 20 de febrero de 2010:18). Esto forma parte del trabajo del poeta, que no es tarea fácil según lo que leemos en “A Emilio Barón, avisándole de los males de la vida literaria” (pp. 14-15); el problema reside en los comentarios de los críticos –“el que se las da de literato” –, sobre los que Ortiz advierte al escritor más joven para que se ponga en guardia:

No dejes que te agobien con pamplinas,
que te engañen con vanas ilusiones
ni te estafen inflándote tu ego...

Porque las consecuencias son dañinas;
la estupidez y las humillaciones
se suman a quien entra en este juego.

Las opiniones de los demás no deben influir en la poesía, aconseja el sevillano que en más de una ocasión ha evidenciado las dificultades de ser poeta; entre ellas, está la presentación de este mismo libro (Ortiz, 20 de febrero de 2010:20):

Hablamos de algo que no tiene precio –pues la poesía está fuera de las leyes del mercado–. Y entonces el poeta siente de un modo agudo su desamparo e inutilidad en esta sociedad mercantil y burguesa y desearía refugiarse en el sueño. Se empieza a escribir poesía porque se lee poesía, y su poder encantatorio u órfico de sílabas entrechocando musicalmente nos seduce a muy temprana edad. Luego, con los años, nos damos cuenta de que ser poeta es una profesión de fe a la que no podemos renunciar.

En su “profesión de fe”, su tarea consiste en buscar siempre la verdad, como leemos en “Mentiras por soleares” (p. 7):

Busca siempre la Verdad.
Porque Verdad solo hay una.
Y luego están las demás.

Por supuesto, la “Verdad” que se oye “cantar en el sueño”, que prima con su ‘v’ mayúscula y de la que hay que darse cuenta, es de nuevo el

paso del tiempo, fundamento sobre el que se asienta la teoría poética de Ortiz; las demás no valen nada, como avisa en los primeros versos:

Esas que llaman verdades
van y vienen y se olvidan
como olitas de los mares.

Al final de *Miradas al último espejo*, que se presenta como despedida definitiva, hasta la poesía parece sucumbir a la Verdad, y en “Homenaje al soneto barroco” (p. 21) que cierra el libro leemos: “Todo la edad lo descompone y muda. / Queda el despojo de la llama ardiente”, apareado que retoma el último verso del soneto “A la edad del año” de Juan de Jáuregui (1786:4) y, con una variante³, el catorce de la silva “A la Rosa” de Francisco de Rioja (2005:125-126). Ortiz se siente identificado con el desengaño barroco, época que comparte con la nuestra el derrumbe de los valores morales. Ya no quedan dudas, el escritor sabe que “Adiós, adiós, adiós, dice el presente / y muestra entera la verdad desnuda”; citando con un ligero cambio⁴ el comienzo del “Soneto XLIII” de la Musa II (*Polymnia*) de Francisco de Quevedo (2003:26), invoca pues el miedo a la “común humana suerte”, que es lo único que puede aparecer en un poema:

Ven ya, miedo de sabios y del fuerte;
porque la fuerza y la sabiduría
poco valen al fin ya de un terceto.

Si los seres humanos comparten su recorrido hacia la muerte, la poesía acompaña el poeta desde el primer verso hasta el último, que marca el punto final de su actividad como la vejez lo señala en su vida:

Siguiendo la común humana suerte,
a todos llegará el último día
como el último verso a este soneto.

³ Ortiz cita el conocido verso de Francisco de Rioja “presto despojo de la llama ardiente” (2005:126).

⁴ El verso de Quevedo recita: “Ven ya, miedo de fuertes y de sabios” (1699:26).

Como consecuencia, Ortiz afirma creer que es un error seguir escribiendo a pesar de la edad, y en “En la víspera de mi cumpleaños” (p. 15) se describe a sí mismo como un viejo impertinente que no quiere dejar de componer versos, “que si te descuidas te los lee a deshora”, que “No sabe ni siquiera que violenta / a los muy pocos de su confianza”. En evidente tono irónico, considera además que su “anhelo de alabanza” no recibe más que “una afrenta”, por ser un “poeta malo que no alcanza / a ver su error”. Haciendo referencia a sí mismo, aconseja entonces:

¡Hay que atajar sucesos tan perversos,
decirle que está mal de la azotea
y mandarlo a callar sin más demora!

Por supuesto, sus lectores no concordamos en nada con lo que escribe en esta composición: al revés, cuando lo inefable recibe el don de la palabra por mano de un poeta capaz de comunicar con el alma de los hombres, tan sólo se puede esperar que siga publicando sus versos “en su blog o en donde sea”. Es preciso deber de la poesía acompañar al poeta en su existencia, y a sus lectores más allá de ella, porque, dedicándole a Ortiz los versos de “Himno a la tristeza” del que considero su mayor maestro, diría con Luis Cernuda (2005:134):

Más todavía hay en mí algo que te reclama
conmigo hacia los parques de la muerte
para acallar el miedo ante la sombra.

Coincidimos entonces con Ortiz, quien dijo que “estaría muy satisfecho si [*a este poemario*] le siguieran otros” (Ortiz, 2 de junio de 2011, s.p.): nuestro deseo es que siga facilitándonos la aceptación de la verdad y transmitiéndonos la tradición a través de sus versos, que no deje de embellecer la vida con sus palabras, que nos recuerde siempre con sarcasmo que todos compartimos el mismo destino y que, por eso, tenemos que gozar de las virtudes y placeres de la vida; entre ellos está sin duda su poesía.

Bibliografía de Fernando Ortíz

- , 1978, *Primera despedida*, Sevilla: Editorial Católica, col. Aldebarán.
- , 1981, *Personæ*, Sevilla: Calle del Aire.
- , 1984, *Vieja amiga*, Madrid: Trieste.
- , 1986, *Marzo*, Madrid: Trieste.
- , 1986b, *La ciudad y sus sombras*, Sevilla: Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Sevilla.
- , 1990, *Recado de escribir*, Sevilla: Renacimiento.
- , 1991, *Un funcionario*, Málaga: Suplementos de “Galeote”.
- , 1992, *El verano*, Córdoba: Diputación Provincial de Córdoba.
- , 1994, *Vieja amiga (1975-1993)*, Granada: Comares, col. La Veleta.
- , 1996, *Moneditas*, Valencia: Pre-Textos.
- , 1999, *Posdata*, Valencia: Pre-Textos.
- , 2002, *Poetas en Sevilla. Antología poética de Fernando Ortiz*, Sevilla: Ayuntamiento de Sevilla.
- , 2003, *Versos y años. Poesía 1975-2003*, Sevilla: Fundación José Manuel Lara, col. Vandalia.
- , 2007, *Galería de Espejos*, Madrid: Hiperión.
- , 2008, *Vieja amiga. (Poesía, 1975-2008)*, Córdoba: Almuzara.
- , 2010, *Miradas al último espejo*, edición on-line publicada en el blog personal de Fernando Ortiz, Sevilla: <<http://fernandortizreflexiones.blogspot.com/2010/11/miradas-al-ultimo-espejo.html>>.
- , 2011, *Miradas al último espejo. Poesía 2007-2010*, Sevilla: Diputación de Sevilla.
- , 2011b, *Poesía de una vida. Antología poética 1978-2011*, Sevilla: Diputación de Sevilla.

Bibliografía

- BARÓN PALMA, EMILIO (ed.), 2007. *La poesía de Fernando Ortiz*, Sevilla: Alfar.
- , 2011. *Los días, los dones (poesía 1978-2009)*, Málaga: Ediciones de Aquí.
- BERGSON, HENRI, 1927. *Essai sur les donées immédiates de la consciente* (1888), Paris: Les Presses Universitaires de France.

- BRINES, FRANCISCO, 2010. "Fernando Ortiz: una vocación cumplida", en *Poesía de una vida. Ponencias del homenaje a Fernando Ortiz* del Centro Andaluz de las Letras, 16 de febrero de 2010, Sevilla: Biblioteca Pública Infanta Elena, 4-5. (Disponible en <http://fernandortizreflexiones.blogspot.com/2010/02/poesia-de-una-vida-20.html>).
- CERNUDA, LUIS, 2005. *La realidad y el deseo (1924-1962)*, Madrid: Alianza.
- MACHADO, ANTONIO, 1988, *Poesía y prosa*, (Oreste Macrì ed.), Madrid: Espasa-Calpe – Fundación Antonio Machado.
- GARCÍA MONTERO, LUIS, 1983. "La otra sentimentalidad", en Javier Egea, Álvaro Salvador y Luis García Montero, *La otra sentimentalidad*, Granada: Don Quijote, 9-15.
- HEIDEGGER, MARTIN, 1953, *Sein und Zeit*, Tübingen: Max Niemeyer Verlag.
- JÁUREGUI, JUAN DE, 1786, *Rimas. Tomo VI*, Madrid: Imprenta Real.
- LUQUE, ALEJANDRO, 2011. "Me despido, con cervantino agradecimiento, de la vida", *El Correo de Andalucía*, 24 de mayo de 2011.
- MORELLI, GABRIELE y MANERA, DANILO, 2007. *Letteratura spagnola del Novecento*, Milano: Bruno Mondadori.
- MUÑOZ ROJAS, JOSÉ ANTONIO, 1994. "La poesía de Fernando Ortiz", *La mirada, suplemento cultural de El Correo de Andalucía*, 20 de mayo de 1994.
- ORTIZ, FERNANDO, 2010. "Acerca de mi proceso de creación poética", *Poesía de una vida. Ponencias del homenaje a Fernando Ortiz* del Centro Andaluz de las Letras, 16 de febrero de 2010, Sevilla: Biblioteca Pública Infanta Elena 18-23. (Disponible en <http://fernandortizreflexiones.blogspot.com/2010/02/poesia-de-una-vida-20.html>).
- , 2010. "Va a venir volando en su alfombra mágica el pintor Juan Romero", en *Fernando Ortiz: apuntes y reflexiones*. Literatura, poesías, ensayos y artículos de los que soy autor, 4 de septiembre de 2010, Sevilla. <<http://fernandortizreflexiones.blogspot.com/2009/09/va-venir-volando-en-su-alfombra-magica.html>>.
- , 2011. "Presentación de *Miradas al ultimo espejo*", en *Fernando Ortiz: apuntes y reflexiones*. Literatura, poesías, ensayos y artículos de los que soy autor, 2 de junio de 2011. Sevilla: <<http://fernandortizreflexiones.blogspot.com/2011/06/presentacion-de-miradas-al-ultimo.html>>.

- QUEVEDO, FRANCISCO DE, 2003. "1699. *Obras. Tomo III*, Amberes: Henrico y Cornelio Verdussen" En: Francisco de Quevedo. *Obras completas*, (edición digital), Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, <<http://bib.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=10495>>.
- RIOJA, FRANCISCO DE, 2005. *Poesía*, introd. y notas de Gaetano Chiappini, Sevilla: Fundación José Manuel Lara, col. Clásicos Andaluces.
- SALVAGO, JAVIER, 2010. "Fernando Ortiz, el mejor poeta sordo de su calle", en *Poesía de una vida. Ponencias del homenaje a Fernando Ortiz* del Centro Andaluz de las Letras, 16 de febrero de 2010, Sevilla: Biblioteca Pública Infanta Elena 15-17. (Disponible en: <http://fernandortizreflexiones.blogspot.com/2010/02/poesia-de-una-vida-20.html>).
- SÁNCHEZ, ANTONIO MIGUEL, 2005. *Cuestión de tiempo. La poesía de Fernando Ortiz*, Sevilla: Alfar.